

De una manera exactamente análoga, Freud, cuando duda —pues al fin y al cabo se trata de sus sueños y, al comienzo, quien duda es él— está seguro por eso de que en ese lugar hay un pensamiento, que es inconsciente, lo cual quiere decir que se revela como ausente. A ese lugar convoca, en cuanto trata con otros, el *yo pienso* en el cual se va a revelar el sujeto. En suma, está seguro de que ese pensamiento está allí completamente solo de todo su *yo soy*, por así decir —por poco que alguien, y ése es el salto, piense en su lugar.

Aquí se revela la disimetría entre Freud y Descartes. No está en el paso inicial de la fundamentación de la certeza del sujeto. Radica en que el sujeto está como en su casa en el campo del inconsciente. Y porque Freud afirma su certeza, se da el progreso mediante el cual nos cambia el mundo.

Para Descartes, en el *cogito* inicial —los cartesianos me devolverán la pelota en esto, pero lo propongo a la discusión— el *yo pienso*, en tanto se vuélva en el *yo soy*, apunta a un real —pero lo verdadero queda fuera hasta tal punto que Descartes tiene que asegurarse, ¿de qué? De un Otro que no sea engañoso y que, además, pueda garantizar, con su mera existencia, las bases de la verdad, garantizarle que en su propia razón objetiva están los fundamentos necesarios para que el real del que acaba de asegurarse pueda encontrar la dimensión de la verdad. Solo puedo indicar las prodigiosas consecuencias que tuvo esto de poner la verdad en manos del Otro, en este caso el Dios perfecto, cuyo asunto es la verdad pues, diga lo que diga, será siempre la verdad —si hubiese dicho que dos más dos son cinco, hubiera sido verdad.

Pero dejemos esto, que no es asunto nuestro, aunque es sabido que lo que comienza en el nivel del sujeto nunca deja de tener consecuencias, si es que sabemos lo que quiere decir ese término: el sujeto.

Descartes no lo sabía, salvo que era sujeto de una certeza y rechazo de todo saber anterior; pero nosotros sabemos, gracias a Freud, que el sujeto del inconsciente se manifiesta, que piensa, antes de entrar en la certeza.

Tenemos que cargar con eso. Por eso estamos tan embarazados. En todo caso, de ahora en adelante es un campo al que no podemos negarnos, como tampoco a la pregunta que formula.

Quiero recalcar ahora que, por ende, la correlación del sujeto ya no es ahora con el Otro engañoso, sino con el Otro engañado. Lo cual palpamos de la manera más concreta en cuanto entramos en la experiencia del análisis. Lo que más teme el sujeto es engañarnos, darnos una pista falsa o, más sencillamente, que nos engañemos nosotros, ya que, después de todo, con sólo vemos la cara es evidente que somos gente que puede equivocarse como cualquier otra.

Pero esto no perturba a Freud porque: —y es justamente lo que hay que comprender, en especial cuando se lee el primer párrafo del capítulo que se refiere al olvido de los sueños— porque los signos coinciden. Habrá que tomar en cuenta todo, liberarse, *freimachen*, dice, de toda la escala de la apreciación que allí se busca, *Preischatzung*, de la apreciación de lo que es seguro y de lo que no es seguro. La más frágil indicación de que algo entra en el campo ha de conferir a ese algo un valor igual de huella en lo que al sujeto respecta.

Más tarde, en la célebre observación de una homosexual; Freud se ríe de quienes, a propósito de los sueños de la susodicha, pudiesen decirle: *Pero entonces, ¿dónde está ese famoso inconsciente que iba a hacernos acceder a lo más verdadero, a una verdad, tro-nizian, divina? Su paciente se burla de usted, puesto que en su análisis tiene sueños hechos adrede para comenzar de qué ella regre-ar a lo que le piden, al gusto por los hombres.* Freud no ve en ello objeción alguna: *el inconsciente, nos dice, no es el sueño.* En su boca, esto quiere decir que el inconsciente puede ejercerse en el sentido del engaño, y que para él esto no tiene ningún valor de objeción. En efecto, ¿puede no haber una verdad de la mentira? —la verdad esa que, en contra de la supuesta paradoja, hace enteramente posible la afirmación: *yo miento.*

Sólo que, en esta ocasión, Freud falló en formular correctamente el objeto tanto del deseo de la histérica como del deseo de la homosexual. Respecto a las unas como a las otras, respecto a Dora como a la famosa homosexual, se dejó superar, y el tratamiento quedó interrumpido. En lo que toca a su interpretación, el propio Freud sigue vacilando, un poco tarde, un poco temprano. A falta de los puntos de referencia estructurales, que espero poner en descubierta para ustedes, Freud no podía ver aún que el deseo de la

La próxima vez, abordaremos el concepto de repetición, preguntándonos cómo concebirlo, y veremos cómo Freud, mediante la repetición como repetición de la decepción, coordina la experiencia, en tanto que decepcionante, con un real, situado desde entonces en el campo de la ciencia como aquello que el sujeto está condenado a errar, pero que este mismo error revela.

RESPUESTAS

X: *¿Tiempo lógico y tiempo-sustancia de las cosas no son idénticos?*

El tiempo lógico está constituido por tres tiempos. Primero, *el instante de ver*, que no deja de ser misterioso, pero que se define bastante bien en esa experiencia psicológica de la operación intelectual que es el *insight*. Luego, *el tiempo para comprender*. En fin, *el momento de concluir*. Esto no es más que un simple repaso.

Para discernir qué es el tiempo lógico, hay que partir de lo siguiente: la batería significante está dada desde el comienzo. Sobre esta base, hay que introducir dos términos, requeridos, como veremos, por la función de la repetición: *Willkür*, el azar, y *Zufall*, la arbitrariedad.

Así, Freud examina qué consecuencias tienen para la interpretación de los sueños el azar de la transcripción y la arbitrariedad de las conexiones: ¿por qué relacionar esto con aquello en vez de con cualquier otra cosa? Indiscutiblemente, Freud nos lleva así al centro de la pregunta que plantea el desarrollo moderno de las ciencias, en tanto demuestran lo que podemos fundar en el azar.

En efecto, no puede fundarse nada en el azar —cálculo de probabilidades, estrategias— que no entrañe una estructuración previa y limitada de la situación en términos de significantes. Cuando la teoría moderna de los juegos elabora la estrategia de dos contrincentes, ambos se enfrentarán con las probabilidades máximas de ganar si cada uno tiene la posibilidad de razonar como el contrario. ¿Qué da su validez a una operación de esta índole? Pues sencillamente que el mapa ya está trazado, en él están inscritos los puntos de referencia significantes, y la solución no podrá nunca rebasarlos.

Pues bien, en lo tocante al inconsciente, Freud reduce todo lo que llega a sus oídos a la función de puros significantes. A partir de

histérica, que se hace manifiesto de manera resaltante en la observación, es sostener el deseo del padre; en el caso de Dora, sostenerlo por procuración.

La complacencia tan manifiesta de Dora por la aventura del padre con la que es esposa del señor K., el hecho de que le permite que la corteje, es precisamente el juego por el cual lo que tiene que sostener es el deseo del hombre. Por eso mismo, el pasaje al acto, la bofetada de la ruptura, que se produce en cuanto uno de ellos, el señor K., le dice, *no Usted no me interesa, sino Mi mujer no me interesa*, muestra que ella necesita que se conserve el vínculo con ese elemento tercero que le permite ver subsistir el deseo, de todo modos insatisfecho: tanto el deseo del padre que ella favorece en tanto impotente, como el suyo, por no poder realizarse como deseo del Otro.

De la misma manera, la homosexual encuentra otra solución, también para el deseo del padre: desafiar al deseo del padre. Esto justifica una vez más la fórmula que he dado, originada en la experiencia de la histérica para situarla en su justo nivel: *el deseo del hombre es el deseo del Otro*. Vuelvan a leer la observación y verán el carácter de evidente provocación que presenta toda la conducta de esta muchacha, que le sigue los pasos a una mundana de dudosa reputación, muy conocida en la ciudad, y hace gala de las atenciones caballerosas que le ofrece, hasta el día en que tropieza con su padre —y lo que encuentra en la mirada del padre es el rechazo, el desprecio y la anulación de lo que sucede ante sus ojos— y de inmediato se arroja por encima de la baranda de un pequeño puente de ferrocarril. Literalmente, la homosexual ya no puede concebir, a no ser aboliéndose, la función que tenía: la de mostrar al padre cómo es uno, uno mismo, un falo abstracto, heroico, único y consagrado al servicio de una dama.

Lo que hace la homosexual en su sueño, cuando engaña a Freud, es un desafío más dirigido al deseo del padre: *Usted quiere que me gusten los hombres, pues tendrá todos los sueños de amor por los hombres que quiera*. Es el desafío en forma de irrisión.

Si alargué tanto esta introducción fue para permitirles distinguir cuál es la posición del modo de proceder freudiano en lo que respecta al sujeto, en tanto que el campo del inconsciente atañe al sujeto. Distinguí así la función del sujeto de la certeza con respecto a la búsqueda de la verdad.

esta reducción se da la operación, y así puede aparecer, dice Freud, un momento de concluir, un momento en que él siente que tiene el coraje de juzgar y de concluir. Esto forma parte de lo que llamé su testimonio ético.

La experiencia le demuestra luego que, en relación al sujeto, se topa con límites: la no convicción, la resistencia, la no curación. La rememoración entraña siempre un límite. Y es indudable que podría obtenerse una rememoración más completa por otras vías que las del análisis, pero son vías inoperantes en cuanto a la curación.

Debemos distinguir aquí el alcance de estas dos direcciones, la rememoración y la repetición. Entre ambas no hay ni orientación temporal ni reversibilidad. No son conmutativas, sencillamente. No es lo mismo comenzar por la rememoración y vérselas con las resistencias de la repetición, y comenzar por la repetición para obtener un esbozo de rememoración.

Esto nos indica que la función-tiempo es aquí de orden lógico, y está ligada a una instauración significativa de lo real. En efecto, la no-commutatividad es una categoría que pertenece sólo al registro del significativo.

Percebimos aquí dónde aparece el orden del inconsciente. ¿A qué lo refiere Freud? ¿Qué responde de él? Freud lo logra resolver, en un segundo tiempo, elaborando la función de la repetición. Veremos más adelante cómo podemos nosotros formularla, remitiéndonos a la *Física* de Aristóteles.

P. KAUFMANN:—*Usted formuló el año pasado que la angustia es lo que no engaña. ¿Podría relacionar este enunciado con la ontología y la certeza?*

La angustia es para el análisis un término de referencia crucial ya que, en efecto, la angustia no engaña. Pero la angustia puede faltar.

En la experiencia es necesario canalizarla y, si se me permite la expresión, dosificarla, para que no nos abruma. Esta dificultad es correlativa de la dificultad que existe en conjugar el sujeto con lo real, término que intentaré deslindar la próxima vez a fin de disipar la ambigüedad que persiste al respecto en muchos de mis discípulos.

Para el analista, ¿habrá algo que pueda corroborar en el sujeto lo que sucede en el inconsciente? Freud, para localizar la verdad

—ya se los mostré al estudiar las formaciones del inconsciente— se atiene a una suerte de escansión significativa. Esta confianza la justifica una referencia a lo real. Pero, lo menos que puede decirse, es que lo real no se le rinde fácilmente. Tomemos el ejemplo de *El hombre de los lobos*. La importancia excepcional de esta observación en la obra de Freud, estriba en que muestra que el plano del fantasma funciona en relación con lo real. Lo real es soporte del fantasma, el fantasma protege a lo real. Para dilucidar esta relación la próxima vez retomaré la cogitación espinozista, pero poniendo en juego otro término, por el cual ha de ser sustituido el de atributo.

29 DE ENERO DE 1964

